

La grieta y la nube

Arturo Joaquín

Cómplices

Julián Ortal

Mateo Alvear

Lucas Cuerda

Inés Jove

Clara Valente

Marc Pont

Marina Merediz

La estación de las sombras,

Poemas atribuidos a Julián Ortal y Mateo Alvear

Julián Ortal (Pola de Laviana, 1948). Un hombre de pocas palabras y muchos pasos. Su poesía es un rastro de ceniza y musgo; escribe como quien desentierra una ausencia que nunca se fue del todo.

Mateo Alvear (Oviedo, 1991). Geólogo de formación. Entiende el verso como una estratigrafía, capas de tiempo sedimentadas sobre la herida del paisaje.

“En el Cantar del Avellanu no hay música, solo el crujido de lo que la tierra custodia”.

Umbral

En este libro,
el tiempo es un huésped
que la marea no devuelve.
Olvida el puerto.

Cruza la sombra.

Si pisas tu propia huella,
pasa, no hagas ruido,
sé cómplice del musgo.

Tempus fugit

Hitler bigote pequeño,
llevaba cinco años muerto.
Yo estaba naciendo.
A Stalin, bigote grande,
cinco años le quedaban.

Iba pasando la posguerra,
se fueron durmiendo
las palabras que no conocí.

Ahora,
lo nuevo es lo olvidado
que va viniendo
como una sombra
sobre mi sombra.

Mientras tanto,
puedo elegir la ropa del lunes
olvidar el calor del martes
el miércoles dormir la siesta
preparar un gazpacho el jueves.
Bajo la luz de lluvia del viernes
puedo sortear el sábado
para llegar al domingo.

Huir en este instante de silencio
entre ahora o más tarde,
entre tomarlo o dejarlo.

¡Cosas que hacía de viejo!
Mi futuro ya pasó.

Fosas sin documentar

Llegaron con el plomo,
sin error,
sobre la fosa.

No buscaban pan,
solo un nombre o un sitio
ajeno al miedo de mirar al suelo.

Ese es el legado. La costumbre.
La ira muda en los labios de la abuela,
un rencor sin páginas en los libros.

Sabían que la pala y el sudor,
para la historia oficial
no fueron más que un apunte.

Los nietos
abren a la verdad un cielo.

Beso el cráneo.
El sonajero,
la alianza, el reloj.

Romance

El eco de vuestros cascos
suenan por el suelo helado.
Donde la tierra está yerma,
nace un bosque asolado.

Buscáis hierba en la ceniza,
un pasado ya lejano:
otros pastos, ríos limpios,
un aire no envenenado.

Desde estepas de Mongolia
sin descanso habéis llegado.
Vuestro linaje resiste
en esta era aplazada.

Esta tierra ahora es vuestra,
que la hemos abandonado.
No suenan las canciones
bajo un cielo envenenado.

Trotáis entre rojiza herrumbre
por las ruinas del pasado,
ante torres de cemento
y metal abandonado.

Vuestro galope en Chernóbil
himno de este siglo tan raro,
vuestro es el triunfo sin dueños
y el reino del aire parado.

Cantar del Avellanu

Cuando vuelvo al Avellanu,
traí'l monte olor a madre,
nel ríu canta'l llantu
perdiéndose pol valle.

El pañuelu que me disti,
entá guarda tos sospiros,
arrodíllense na ermita
los años que nenos fuimos.

Ay, Virgen del Avellanu
norte de los que van y vienen,
guárdame dientro'l pechu,
esi amor que nunca muere.

Los vecinos tán bailando,
al son de gaita y tambor,
traígoles, nos míos güeyos
la sombra d'aquel color.

Yá nun soi quien se marchaba,
soi quien vuelve y conoz
cada piedra del camín
onde la verdá seconde.

Ay, Virgen del Avellanu
lluz de los que van y vienen,
guárdame dientro'l pechu
esi amor que nunca muere.

Metamorfosis

La lengua del glaciar se desmorona,
con un estruendo de cristal y cal.
Sobre el iceberg de luz a la deriva
un cuervo vigila, sin cerrar los ojos,
lo que fue territorio Inuit.

Se entrega el aliento al acero,
Sin rastro de lucha en el aire.
Un cuerpo que cae es un trazo
esculpido sobre el paisaje.

El último cazador
antes de ser puro frío,
aceptó el golpe del trueno
y se fundió en lo blanco:
pupila de cuervo y escarcha.

A ti quiero hablarte
volcán sin fuego,
cicatriz del mapa.
Escucha el paso

de quienes tejen su viaje
con el hilo de sus nombres.

Hombres y mujeres
huyendo de su futuro,
invocando vientos
desde la miseria.

Gurugú, no finjas:
las vallas arden
y los brazos no abrazan.

Sus pies son de barro,
su sangre, lava.

La palabra y lo cotidiano, según el dictado de Lucas e Inés Jove

Lucas Cuerda. Antiguo redactor de obituarios. Posee la extraña habilidad de encontrar lo sagrado en una oferta de supermercado o en el humo de un cigarrillo que ya no existe.

Inés Jove. Documentalista. Vive convencida de que la gran tragedia humana no está en las grandes guerras, sino en el roce de una sábana arrugada o en el canto de un mirlo en el jardín.

“La poesía es el gusano que nos recuerda que la manzana de lo cotidiano siempre tiene trampa”.

Turdus mérula

En esta primavera,
te veo
desde muy temprano
volteando las hojas.

Sin manos te apuras
pequeño mirlo hambriento,
buscando solo eso,
un gusano.

Soy yo,
volteador de hojas blancas
ante mi ventana
ojeando el diccionario
en busca de la palabra exacta.

Llamadas

Ecos
de las tumbas y las fuentes.

Me guiáis
hasta donde se juntan
la realidad
y lo imposible.

Con vosotras
va mi lengua,
con el peso
de lo que no se nombra.

Cumpleaños

mi tiempo de bruma
mi tiempo dilatado
mi tiempo subrogado
mi tiempo sin prórroga
mi tiempo cruzando
este amanecer de octubre.

El gusano en la manzana

Ya no soy,
aquel niño con ojos de sueño
que sin miedo, jugaba en la calle
dibujando su gol en los cristales.

No soy quien era,
testigo de las sillas
arrastrando años lentos;
quien dejó su guiño en el azogue
y dio migas, con una fe antigua, a las palomas.

Soy apenas el gusano
que los constructores
con desdén, hoy así nombran.
Inquilino sin luz de una renta antigua
en la manzana más apetitosa de la zona.

Uno de los expulsados del Edén,
un escalón contando el olvido
el corazón en la pared.

El fuego que nunca se apaga,
el que probó la fruta prohibida.

Fuera de cobertura

Esta edad de ser poeta. Esta maleta antigua
de claras certezas,
llena de cartas mudas, ajena a la gran metáfora.

Pretende un nombre
habitando un solo sitio.

La quietud, hoy por hoy, es la buena noticia.
El verso verdadero hallará su puerto,
lejos del plañido del módem, lejos de los datos fríos.

Oferta limitada

Soy cajera.

No virgen. No santa. No muda.
Cajera del supermercado
donde los sueños caducan a las 23:59
y los deseos tienen código de barras.

Me gustaba hablar
hablaba por los codos.
La jefa me ordenó:
¡Solo repite las promociones!

Me volví el Eco en el altavoz.

Lo vi mirarse
en el frío del expositor.
No estoy para fantasías
las heridas no entran en el 2x1.

Narciso ensimismado
entre los yogures
esperando su promoción;

caducó mirándose.
Nadie rebaja lo que no tiene sabor.

Apagué el altavoz.
Salí,
convertida en marca blanca.

Aeropuerto

Cuando la pantalla no anuncia la demora.

Cuando el suelo bajo tus pies se desliza.

Cuando el ruido ajeno te habita.

Miras alrededor

y sabes que no estás ahí.

Humo

Fumaba,

a media tarde
las conversaciones
se volvían brasas dormidas,
en aquel cenicero
y en mí.

No fumo,
ha vuelto el invierno
y al caer el día
mi tos conversa
con la ausencia.

Arruga del pijama

Una caricia, el pulso quieto
asoma en la almohada.
En la mirada de la vela apagada
la cera huele
a jabón de tocador.

La huella del vaso empaña el cristal,
arrodilla su resaca la mañana.
La sed de la vigilia guarda el secreto
del primer cigarrillo.

Gesto sin artificio,
boca abierta sin palabra,
anhelo el tacto torpe
y la realidad del despertador.

Mi lengua, seca,
filo incapaz de mentir,
delata el sudor que habitas.

Se levantan temores sin rezo,
anclas pegadas
al borde del colchón.

Ni ángeles, ni pulsos,
solo la arruga del pijama
en tu piel de invierno.

Cuento sin hada

Fuera del jardín.

El espejo es una mentira.

Carezco del color de la nieve.

Soy el hambre, fango que asciende.

La bruja no ofreció su manzana;

la vi caída, la mordí.

En el fondo

soy la mancha,

nieve fundida en el espejo.

Hubo ausencia de veneno,

faltó la dulzura

bajo la tierra.

La geometría de los espejos y los maestros, *bajo la autoría de Clara Valente y Marc Pont*

Clara Valente. Fotógrafa. Cree que el mundo es un juego de reflejos donde la luz no ilumina, sino que delata la grieta. Para ella, los maestros no son influencias, sino espejos que nos devuelven una cara que no sabíamos que teníamos.

Marc Pont. Musicólogo. Busca en el poema la geometría exacta, ese compás que queda suspendido entre la carta enviada y la respuesta que nunca llega.

“Mirar una fotografía es, siempre, una forma de traición”.

Spiegel im Spiegel (*)

El pan de la mañana huele a humo.
El desgarrado Dios,
que no conoce las aristas,
es solo el hondo abismo que me nombra.

Tus campanas hielan el sonido.
Escarcha.
Sin sol.
La sangre suena oscura en nuestras venas.
Aun así, ellas tañen.

En la cocina el café se enfría,
una grieta se abre en el mármol: costra de pan.
Tu calma es un cuchillo
que atraviesa, Arvo, tu música.

La palabra es solo un martillo,
pero la paz es el hueso que se quiebra
solo por miedo.

No es un rezo lo que busco;
solo el tintineo de tu campana.
La sangre, Arvo, es un lodo lento que busca el río.

Ojalá el Eterno encuentre en ti su réplica
y halles el descanso en la belleza
que nunca pudiste retener.

(*) “Espejo frente a espejo” Arvo Pärt

Dos puntos y aparte

La mirada
es un muro con fisuras.

No busques el afuera,
busca el ojo
que se atreve a ser grieta.

Detrás
dos puntos y aparte:
la página en blanco.

El resto
es solo el peso
de lo que no has visto.

Claro de reloj

*Me senté
en un claro del tiempo.
Era un remanso
de silencio,
de un blanco silencio,
anillo formidable
de muelles desiertos,
donde los luceros
chocaban con los doce flotantes
números negros.*

Ignoré
que el gruñón Caronte
aguardaba en uno de ellos.

Cuando la brisa del alba,
estremeció al olivar,
sus hojas rezaron un credo.

Con la luna difunta,
una luciérnaga azul
me dio consuelo.

Un maestro cojo
llevó el compás
con dos banderilleros.

¡Dejadme cantar con ellos!
Que muerto me quedaré
cuando choquen los luceros
con mi número negro.

(*) *En letra cursiva versos originales de Lorca*

Vena seca

Bajo el puente de piedra,
ángulo ciego del cauce,
las metáforas domésticas
mienten a la muerte.

Bajo el arco, el óxido
mastica su herrumbre.

El sol clava
su desconcierto
sobre mi vida mineral.

Treaty

Cierra el libro. Apaga la radio.
Mira la tinta diluida en sangre.
La carne que te hospeda
tu único sudario.

No busques señales.
Pesa el fracaso del día,
apagada la vela,
en lo oscuro,
tu cuerpo brilla con el último aceite.

*I'm tired and I'm old.
I wish there was a Treaty
between your love and mine (*)*

Vete ahora. La música es leve.
La puerta no tiene pestillo,
Tienes, por fin, la gloria
de no tener a dónde volver.

(*)

Estoy cansado y soy viejo.
Ojalá hubiera un Tratado
entre tu amor y el mio.

(Versos de Leonard Cohen)

Sin canino de vuelta, *crónica de Mariana Merediz*

Marina Merediz. Una voz que escribe desde la orilla opuesta. Su palabra no busca el camino de vuelta, sino la aceptación del naufragio. Es la cronista de lo que queda cuando ya no queda nada: la herida, el hipo del alma, el último remo de Caronte.

Fatum vs libre albedrío

Fatum

*Sabes que no existe el azar.
Tu incertidumbre solo es
ignorancia.
Con los naipes marcados
juegas una partida
en la que tú no has puesto la
baraja.
Sin embargo, haces bien
buscando las razones
que niegan la verdad.
Después de todo,
en no verse los hilos
está el encanto de las marionetas.*

(Poema de Javier Almuzara)

Libre albedrío

Sabes que existieron los
oráculos.
Tu certeza es el horario de los
aviones.
Con lo que está anunciado
transitas hacia un destino
del que tú rechazas las
anulaciones.
Sin embargo, haces bien
ignorando los vaticinios
que niegan la fatalidad.
Después de todo,
en no verse el aire
está la libertad de los que vuelan.

(Versión de Arturo Joaquín)

Consagración de la herida

Bajo el mar,
habito la roca que el erizo perfora.
Doliente hospitalidad
para un inquilino sin llave.
Busco lo ajeno a mi ayer.

Escribir no salva, es apenas
soltar una frase en el tren
que el azar no sabe borrar.
Miro las migas sobre la mesa y el café.

Aquí lo real se impone sin cosmética,
un golpe del frío en el rostro.
No pido la cicatriz.
He dejado de ser propiedad,
habito la grieta
y acepto el recibo de la luz
sobre la mesa.

Sin preguntas. La quietud
deja pasar el aliento
del animal manso.

Caronte

Aquel lugar labró su gesto grave.
Allí entendió el silencio de los gatos
y el sueño en el vacío de los platos.

Sintió gritar al frío de la llave.
Sus pasos polizones en la nave.
Letal marea bajo sus zapatos.

Allí pudo velar viejos relatos.
Allí pudo encontrar viento más suave.

Rogó ver con el brillo de las olas
la sal perlada en ojos que se han ido.
Allí fieles plegarias flotan solas.

Con la ausencia,
otras voces han surgido,
se apagan y se encienden las farolas
vistiendo con harapos al olvido.

Oficio de no hundirse

El mar no tiene suelo para el baile,
la marea borra mi llanto;
no hay caricias para un náufrago.

La sal quema
lo que tiene que quemar.
Redobla el pulso, el cuerpo
rendido a la marea
le roba al miedo el aire.

A título de inventario:
victorias de uso único,
domingos vencidos por el lunes,
el resto de lo que no fue.

Morder el aire, bracear,
no hundirse. El oficio
de esperar a que el horizonte
se aburra de mirarnos.

Hipo

A veces ignora por dónde va,
a ratos le importa demasiado poco.

Evita los selfies, odia verse
pero se mira siempre sin descanso.

Bebe un café frío
pegado al ventanal.

Si llueve, prescindir del paraguas
acepta la paciencia del agua

Vive sin esperar llamadas, ha firmado
la paz con la ausencia.

Mantiene siempre abierta la puerta,
deja que le invada la noche

Duerme con los ojos abiertos
buscando alguna tregua en el techo

Con el frío del tanatorio,
le acaba dando hipo.

Desconoce que es un gesto vulgar
en un trámite tan serio.

La otra orilla

Pierde el miedo a que el agua borre
tu paso sobre la tierra.
Hay una luz que te dibuja
escribiendo sin tu mano.

Ella es el centro y el pulso,
ajena a tu cansancio;
tú te vas gastando,
ella de tu nombre hace uso.

Te asusta verla tan viva,
tan segura de sí misma,
tú te sientes aire,
un rastro que nadie mira.

No es la muerte tu agonía
ni el final de tu camino;
es reconocerte extraño
ante la sombra que te imita.

Eres nube de esta era
ella es dueña de tu rastro.
En el perchero un abrigo
conserva la forma
de quien se ha ido.

Ofrenda

Se rinde la raíz
y suelta.
Vértigo de cuenco.

La sed
blanquea la grieta.
Mudez de humus,

calla el tambor.
La flauta cruje:
su madera regresa al bosque.

Es la última nota:
luz repartida, recordando
una tierra sin acento.

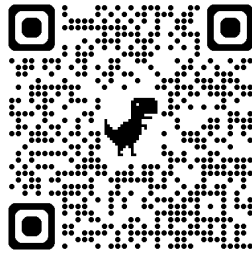
Coda

Viajé alojado
en estos poemas.

Ahora soy quien parte
y tú, el huésped del azar.
El secreto ya no es mío.

Escucha,
si buscas una verdad que te salve:
yo solo aligero el paso
buscando mis llaves.

Con Ton y Son



Índice

La estación de las sombras, atribuido a Julián Ortal y Mateo Alvear

Umbral	5
Tempus fugit	6
Fosas sin documentar	7
Romance	8
Cantar del Avellanu	9
Metamorfosis	10
Geografía	11

La palabra y lo cotidiano, según el dictado de Lucas Cuerda e Inés Jove

Turdus mérula	14
Llamadas	15
Cumpleaños	16
El gusano en la manzana	17
Fuera de cobertura	18
Oferta limitada	19
Aeropuerto	20
Humo	21
Arruga en el pijama	22
Cuento sin hada	23

**La geometría de los espejos y los maestros, *bajo la
autoría de Clara Valente y Marc Pont***

Spiegel im spiegel 26
Dos puntos y aparte 27
Claro de reloj 28
Vena seca 29
Treaty 30

Sin camino de vuelta, *crónica de Marina Merediz*

Fatum vs libre albedrío 33
Consagración de la herida 34
Caronte 35
Oficio de no hundirse 36
Hipo 37
La otra orilla 38
Ofrenda 39
Coda 40

Con Ton y Son 41

Arturo Joaquín (Oviedo, 1950) agradece a Julián Ortal, Mateo Alvear, Lucas Cuerda, Inés Jove, Clara Valente, Marc Pont y Marina Merediz, su complicidad para poder llevar a cabo este viaje.

A mi hermana Títi,
aunque el tiempo decidió llevarte pronto, yo te encuentro cada día
en el jardín.

Este libro es para ti, que aún vives, ríes y me esperas
entre las hortensias.

naranco@hotmail.com

www.palabrasdearturo.es

(C) Arturo Joaquín, 6 de abril del 2026